

cuyos vicios y errores combatia el Apóstol con tanta solidéz y urbanidad, hasta que oyeron hablar de la resurreccion de la carne; pero al primer anuncio de un dogma tan estraño para una ciudad donde la doctrina de Epicuro estaba en el mas alto crédito, el mayor número comenzó á escarnecer sus máximas (1). Dijéronle otros mas moderados que bastaba para aquel dia, y que volverian á oírle en otra ocasion. Trató de este modo al mas elocuente de todos los Apóstoles aquella asamblea presuntuosa, de la que no dejó Dios de atraer á sí algunas almas privilegiadas como la de Dionisio, uno de los jueces del Areópago, y la de una muger llamada Dámaris. Obtuvo despues el obispado de Atenas este Dionisio diferente del que anunció el Evangelio en las Galias, y coronó sus trabajos con el martirio. Se le han atribuido varias obras por espacio de muchos siglos, que evidentemente fueron compuestas mucho tiempo despues de su muerte, como lo demuestran los datos de las cosas mismas de que tratan.

76. San Pablo se dirigió en derechura á Corinto, ciudad la mas opulenta de la Grecia, despues de la decadencia de Atenas y Lacedemonia. Atraía una multitud de estrangeros su situacion entre dos mares, con un buen puerto en cada uno, y con las riquezas se conseguian allí todas las delicias de la vida. Detúvose el Doctor de las naciones diez y ocho meses en esta ciudad (2), no habiendo permanecido tanto en otra parte, desde su primera salida de Antioquia.

(1) *Act. Apost. cap. 17. v. 32., 33. y 34.* (2) *Ibid. cap. 18.*

77. Se aposentó en casa del judío Aquila recién llegado de Roma, de donde habia sido espulsado, por orden del Emperador Claudio, con su muger Priscila, y todos los de su nacion, y le halló bien dispuesto para abrazar el cristianismo. Trabajaba el Apóstol con su huésped en hacer tiendas de cuero para el uso de los soldados, á fin de ocurrir á sus necesidades sin ser gravoso á nadie y conservar la libertad de su ministerio. Acudia puntualmente á la Sinagoga los dias de sábado para anunciar á Jesucristo á los Judíos y á los Géntiles, que aparecian mucho mas dóciles. Permanecian tranquilos los Judíos de Corinto hasta que la multitud de conversiones dispertó su emulacion; y en vez de emplear como el Apóstol razones convincentes y testimonios de la Escritura, no oponian en su favor mas que injurias groseras y blasfemias horribles. San Pablo temió el escándalo de los Géntiles, y manifestando de todo punto su indignacion, dijo á los blasfemos, sacudiendo contra ellos sus vestidos: „á vosotros solos se atribuirá la pérdida de vuestras almas; yo estoy inocente de vuestra reprobacion y de vuestra eterna desgracia; y ya que mi ministerio no sirve sino para haceros mas inexcusables, desde este momento me dirigiré á los Géntiles.”

Dejó efectivamente la habitacion de Aquila porque era Judío de nacimiento, y al salir de la Sinagoga se entró en la casa cercana de un Géntil llamado Tito, (diferente de su discípulo del mismo nombre) que ya era Cristiano en su corazon. Convirtió

San Pablo nó obstante en Corinto á varios Judíos y entre ellos á uno de los principales de la Sinagoga llamado Crispo, con toda su familia. Bautizóle por su propia mano, pero como se consagraba particularmente á la predicacion, hizo que sus discípulos administrasen el bautismo á los demás, y á todos los Gentiles que cada dia se declaraban Cristianos. No bastaron para que el Apóstol disminuyese el tiempo de su permanencia, la obstinacion de los Judíos y sus pérfidos designios que solo esperaban ocasion oportuna para ponerlos en práctica; porque el Señor le reveló que habia en Corinto muchos escogidos.

Escribió despues á los Tesalonicenses, á quienes habia convertido por sí mismo ó por sus discípulos, á los que no habia podido visitar desde que formaban Iglesia, que era una de las mas florecientes, aunque el Apóstol permaneció en ella corto tiempo. Timoteo y Silas le llevaron noticias de aquellos fieles, y les mostró en su primera carta la alegría que le causaba el fervor de su fe. Mas como despues llegó á saber que se interpretaba de un modo desagradable lo que solo les habia escrito para su consuelo, los desengañó y animó en su segunda carta. Tal es el objeto de las dos epístolas de San Pablo á los Tesalonicenses, que no pueden analizarse sin perder mucho mérito. Todo lo que puede hacer un historiador respecto de este género de obras, es poner á la vista los puntos relativos á su designio, y dar por este medio mas luz á los hechos para que sean mas instructivos.

Son en el orden de los tiempos, (*) las epístolas á los Tesalonicenses, las primeras que escribió San Pablo, aunque en el nuevo Testamento se colocan segun la dignidad de las ciudades ó de las Iglesias á que fueron dirigidas. Distingúanse mucho en el egercicio de la caridad los fieles de Tesalónica, como se nota en estas epístolas, y este seria el motivo de que el Apóstol les profesase un afecto tan tierno; pero tambien les patentiza su propio interés. Se gloria, al mismo tiempo que recomienda á sus liberalidades algunos discípulos y pastores, de que para las necesidades personales recurre al trabajo de sus manos, al que los exhorta con su egeemplo. Tenian un natural benigno, y un corazon blando y sensible, y se contristaban demasiado por la muerte de sus parientes y amigos: el Apóstol los consuela con la esperanza de la resurreccion futura; pero avisándoles que no confiasen en vanas observaciones, ni fijasen supersticiosamente el dia del Señor ó del fin del mundo, cuya aprension vaga comenzaba á apoderarse de las almas débiles. Propóneles sobre este punto, y generalmente sobre todos los demás de la creencia cristiana dos reglas, que la Iglesia ha seguido en todos tiempos; á saber, la Escritura sagrada y la tradicion vocal, que suple á la palabra escrita.

78. San Lucas publicó su Evangelio, al mismo tiempo que San Pablo escribió sus primeras epístolas.

(*) Fueron escritas estas dos cartas, segun la opinion mas comun, el año 52 de la Era vulgar.

las, para oponerle á las historias fabulosas que divulgaban ya algunos Pseudo-Apóstoles.

San Pablo despues de haber establecido bajo un pie sólido la Iglesia de Corinto, determinó llevar su celo adonde mas se necesitaba. Pensaba recorrer la Siria y Palestina para fortalecer en la fe y en las buenas costumbres á las numerosas Iglesias que habia fundado. Se embarcó con este objeto en el puerto de Cencres (1), llevando en su compañía á Priscila y Aquila, despues que se hizo cortar el cabello, por haber espirado ya el voto de Nazaréo, que habia hecho segun devocion de aquellos tiempos. Dejó á estos dos prosélitos en Éfeso, donde los Judíos mas dóciles que en ninguna otra parte, querian detener consigo al Apóstol, y creyendo este que la dilacion haria que le deseasen con mas ardor, continuó su viage despues de haberles prometido que volveria, y arribó á Antioquía por el camino de Cesaréa. Habiendo permanecido en ella algunos dias, volvió por la Galacia y la Frigia dedicándose en particular á perfeccionar las buenas disposiciones de los Gálatas, que le recibieron como á un ángel del Señor.

79. Vino de Alejandría á Éfeso durante el viage del Apóstol un Judío llamado Apolo (2), hombre elocuente y muy sabio en las Escrituras. Adoraba al Salvador, y su celo se estendia á publicar su nombre, pero no conocia otro bautismo que el de San Juan. Enseñáronle Aquila y Priscila lo que habian aprendido de San Pablo; y como determinase pasar

(1) *Act. Apost. cap. 18. v. 18. y sig.* (2) *Ibid. v. 24. y sig.*

á Acaya, le dieron cartas de recomendacion para los fieles de Corinto, donde contribuyó á despreocupar á los de su nacion.

80. Despues de haber recorrido el Apóstol la Asia, volvió por fin á Éfeso, donde halló algunos nuevos catecúmenos instruidos por Aquila y Apolo (1). Hábíales este administrado el bautismo de San Juan, que era el único que conocia; pero el Apóstol queriendo asegurarse del estado de aquellas almas piadosas y sencillas, les preguntó ¿si habian recibido el Espíritu Santo? y le respondieron: ni aun sabemos que hay Espíritu Santo. Infirió de esta respuesta que no habian recibido el sacramento del bautismo, que se da en nombre de las tres divinas Personas, y dispuso que se les administrase. Púsoles despues por sí mismo las manos, para confirmarlos en la fe por medio de un Sacramento reservado á los Obispos, y descendió al punto el Espíritu Santo en forma visible, sobre aquella turba compuesta de doce personas, que fueron dotadas del don de profecía y de lenguas; cuyo prodigio no les admiró en gran manera por la frecuencia con que se repetia en iguales ocasiones.

San Pablo vivió cerca de tres años en Éfeso, desde principios del año 54 hasta el 57. Era esta ciudad la mas populosa del Asia, el centro de los negocios civiles y del comercio, donde residia el tribunal del Procónsul, estaba adornada de un puerto muy cómodo, y del famoso templo de Diana, cuya grandeza y pomposas fiestas atraían á los curiosos de todos

(1) *Act. Apost. cap. 19.*

los países. Predicar á Jesucristo en esta ciudad equivalia á darle á conocer á todo el continente de Asia y á todas las islas. Animado pues á vista de tan grandes objetos el celo del Apóstol se aumentaba á cada instante; y por su medio llegó la noticia del Evangelio á todos los Asiáticos, Judíos y Gentiles. Mucho tuvo que sufrir de la violencia de algunas personas, mas crueles para él que las bestias feroces. Los Israelitas que no abandonaron su incredulidad, añadieron á su furor la hipocresía y la traicion; pero al paso que las dificultades hacian mas grande esta empresa, el Señor comunicaba á su siervo con mas liberalidad el don de obrar milagrosamente; pues por su mano y aun sin noticia suya sucedia una multitud increíble de prodigios; de tal suerte que los lienzos y vestidos que usaba, curaban á los enfermos y ahuyentaban los demonios (1).

De tan extraordinarios favores resultó un incidente que fue muy útil á la Doctrina Eyangélica. Estaban allí á la sazón unos exorcistas Judíos que iban por todas las provincias para libertar á los energúmenos, y pretendian egercer esta potestad sobre los malignos espíritus, en virtud de unas fórmulas de conjuro que atribuían al Rey Salomon. Tenia siete hijos Sceva, Principe de los Sacerdotes ó cabeza de una de las familias Sacerdotales, que se vendian por muy hábiles en este egercicio. Cuando no lograban su intento con las fórmulas que acostumbraban, empleaban el nombre de Jesucristo, á egemplo de San Pablo, por

(1) *Act. Apost. cap. 19. v. 11. y sig.*

mas enemigos que fuesen. Resistióse el primer demonio á quien conjuraron á sus exorcismos y á su codicia; „conozco á Jesus por Hijo de Dios, les dijo el diablo, y no ignoro quien es Pablo su Apóstol; pero vosotros sois unos impostores;” y abalanzándose á ellos el hombre á quien poseía este espíritu, los maltrató sin que pudiesen oponérsele, y escaparon de sus manos cubiertos de heridas y los vestidos rotos.

Adquirió este hecho tanta publicidad en todo Éfeso, y sus habitantes, así Judíos como Gentiles, quedaron tan poseidos de espanto y veneracion que glorificaron el nombre del Redentor con las mas vivas aclamaciones. Vinieron en grande número los que abrazaron la fe á arrojarle á los pies de los santos Ministros, confesando los desórdenes de toda su vida, antes de recibir el bautismo. No se les forzaba á esta confesion; pero como veían que los antiguos fieles la practicaban siendo menos culpables que ellos, no rehusaban por un espíritu de humildad este acto de penitencia. Era muy frecuente entre los Efesios el uso de la magia, y los que se convertian llevaron al Apóstol los libros que trataban de aquellas malas artes, para quemarlos públicamente: el valor de estos libros ascendió á cincuenta mil denarios (*). Quedó muy consolado el Apóstol á vista de una prueba tan sólida de conversion verdadera, y tan digna de servir de modelo en los siglos futuros.

81. Mas pronto se levantó contra él una furiosa tormenta: un platero llamado Demetrio (1), fabrica-

(*) Como unos 1400 rs. (1) *Act. Apost. cap. 19. v. 24. y sig.*

ba pequeños templos de plata con la estatua de Diana, de los cuales hacia un prodigioso comercio; porque todos los extranjeros que venian á las fiestas de la Diosa los compraban en señal de su devocion. Demetrio era el que mas despachaba, y tenia ocupados en este trabajo á muchos artífices y á sus familias. Reuniéndolos á todos un dia, les representó que ignoraban otro modo de ganar su vida, y que iba Pablo á dejarlos morir de hambre si convencia, segun sus principios, no solo á los ciudadanos de Éfeso, sino á los habitantes de toda el Asia, que las obras hechas por mano de hombres no podian contener divinidad alguna. Unió á los móviles del interés los de la supersticion, que eran los mas capaces de conmovér á aquellas gentes, y prosiguió diciendo que no solo se trataba de su utilidad sino de la conservacion del templo de la gran Diosa tan celebrado en todo el universo, y que estaba próximo á caer con ella en el mayor desprecio. Interrumpiéronle todos, y comenzaron á gritar confusamente: „la gran Diana de Éfeso, la gran Diana de Éfeso.” Púsose en movimiento toda la ciudad; llenóse el teatro de gente, y no pudiendo hallar á Pablo llevaron violentamente á Gayo y Aristarco sus compañeros, Macedonios de origen, para que respondiesen por él.

La ley de Moisés del mismo modo que la de Jesucristo, condenaba el culto de los ídolos, y temieron los Judíos ser acusados juntamente con los Cristianos. Quiso uno de ellos llamado Alejandro hablar en defensa de su nacion; pero apenas abrió los labios

principiaron á gritar con mas fuerza: ¡la gran Diana de Éfeso! ¡Cuán grande es la Diosa de los Efesios! y repitieron por espacio de dos horas enteras este clamor fanático. San Pablo probó á entrar en la asamblea menospreciando las amenazas de aquellos furiosos; pero á instancias de los fieles se unió á algunos señores principales del Asia que amaban al Apóstol y que le estorbaron entregarse á una muerte cierta. Todo lo calmó entre tanto de una manera inesperada el que tiene en su mano el corazon de los pueblos y de los Reyes. Consiguió un simple Procónsul que le escuchasen, y dijo á los sediciosos que no encontraba el menor delito en aquellos hombres; que Gayo y Aristarco no habian profanado el templo de la Diosa, ni cometido alguna impiedad, y que por un temor imaginario, ó por un interés particular de Demetrio se esponian á sufrir todo el rigor de las leyes, como perturbadores del orden público, con una conducta tan contraria á sus disposiciones. Pareció bien esta advertencia á todos y se calmó la sedicion en el momento en que estaba mas encendida. San Pablo no quiso retardar mas su viage á Macedonia, y dejó en Éfeso á su discípulo Timoteo despues de haberle ordenado de Obispo.

82. Escribió su primera carta á los Corintios desde esta ciudad (*). Vino á buscarle Apolo á Éfeso y le notició que algunos doctores obstinados en defender la necesidad de las observancias Mosaicas, estaban en Corinto causando divisiones y discordias entre los fie-

(*) Probablemente hácia el año 56 de Jesucristo.

les y entre los mismos Pastores que los gobernaban: que cada uno formaba partido separado con sus discípulos, y que despues de esta especie de cisma, no solo se tenia en poco el nombre de Pablo entre los Corintios, sino que la predicacion del Evangelio y sus progresos padecia considerable atraso. Confirmáronle estas tristes noticias tres diputados de la Iglesia de Corinto, que llegaron al mismo tiempo á consultar al Apóstol sobre diferentes puntos de dogmas y disciplina, con su propia atestacion y con varias cartas secretas de algunos particulares virtuosos y de autoridad, que le daban parte de algunos desórdenes muy graves, capaces de desacreditar la Religion.

El Apóstol determinó con sus cartas poner remedio á unos males y abusos que tanto le afligian. Comienza San Pablo en su primera epístola despues de las saluciones comunes, á reprender el espíritu de rivalidad y cisma de estos fieles de Corinto, muy semejantes á los filósofos que divididos en varias sectas, daban á cada una el nombre de su autor, exaltándola sobre todas las demás. Yo soy discípulo de Apolo, dice uno de estos cristianos facciosos, y yo, dice otro, lo soy de Cefas ó de Pablo. El Santo Apóstol que solo respiraba la gloria de Jesucristo, recuerda á todos los poseidos de este falso celo, la pureza de sus intenciones que se manifestaba en su modo de predicar sencillo y ageno de la elocuencia del siglo. Manifiéstales cuanta injusticia y desórden era el jactarse de los dones sobrenaturales y milagrosos, tan comunes entonces en la Iglesia, de los que trata in-

dividualmente esta epístola, proponiendo una serie metódica de reglas para evitar los abusos. Reprende tambien los que se introducian en la participacion de la divina Eucaristía. Era acompañada en estos primeros tiempos de unos convites de caridad, llamados en Griego *Agapes*; pero los ricos no hacian partícipes á los pobres de los manjares que se les servian con abundancia, y el caritativo Pastor declama fuertemente contra el escándalo de esta orgullosa avaricia, y mucho mas contra la inconsideracion sacrílega de algunos pecadores que sin distinguir el pan de los ángeles del pan ordinario, profanaban indignamente el cuerpo y sangre de Jesucristo, comiendo y bebiendo su sentencia de condenacion. Son sus palabras enérgicas y exactas, y no pueden reducirse á un sentido figurado sin faltar á todas las leyes del lenguaje comun, y sin oponerse á la interpretacion de los santos Doctores de todos los siglos.

El Apóstol lleva tambien á mal que los Cristianos de Corinto acudiesen en sus pleitos y en sus discordias á los tribunales de los Paganos. Es cierto que respetaba la autoridad política y civil, pues ordena espresamente la obediencia á los Magistrados, sean buenos ó sean malos: pero además del peligro de idolatrar, á que se esponian los fieles jurando en manos de unos Jueces que solo conocian las falsas divinidades, estos pleitos mostraban ya un grande apego á los bienes temporales, que el celo de San Pablo no podia llevar á bien en una sociedad de cristianos tan perfectos como los de Corinto. Sin embargo en esta

Iglesia fervorosa que habia cultivado con tanto esmero, adornándola como á una vírgen que fuese digna de ser esposa de Jesucristo, no solo halló el Apóstol abusos que remediar, sino hasta vicios que escandalizaban á los Idólatras. Habíase precipitado un Cristiano de tal suerte en la incontinencia, que tenia un trato deshonesto con la muger de su padre. Manda el Santo que sea entregado á Satanás, para perder la carne y salvar el espíritu; esto es, que se le separe por cierto tiempo de la comunión de los fieles, para abatirle y mortificar su cuerpo, sin hacer perecer su alma. Ejemplo de excomunión y de los fines piadosos que todo Pastor debe proponerse en igual castigo.

Admirados habrán quedado los lectores á vista de un crimen tan enorme en una de las primitivas y mas florecientes Iglesias Apostólicas: ¡pero cuánto mayor deberá ser su admiración al leer las respuestas del Doctor de las gentes sobre varios puntos que le consultaron acerca del matrimonio y la continencia, de la eminente perfección que en tan breve tiempo habia producido la gracia en unos hombres nacidos y educados en la más espantosa corrupción! (1) El libertinage de Corinto, consagrado en culto religioso, no admitia comparación con ningun otro: toda la ciudad estaba dedicada á Venus, y en su templo ú orgia existian mas de mil esclavas prostitutas en nombre de la Diosa. Fácil es de colegir por lo dicho lo que el pudor no permite referir acerca de los des-

(1) *Strab. lib. 8. Athenag. lib. 13.*

órdenes de los Corintios, y mucho mas de los extranjeros opulentos que allí concurrían, pues era preciso ser rico para participar de aquellas disoluciones infames; de donde vino el proverbio: si no es para todos ir á Corinto. Honraban á aquellas vergonzosas víctimas del espíritu inmundo; los mejores poetas celebraban en sus versos estas viles prostitutas; y las consagraban estatuas. No limita sin embargo sus instrucciones el sabio reformador de semejante pueblo á enseñarles las leyes esenciales de la castidad conyugal, sino tambien la mas alta perfección de la virginidad y del celibato cristiano. Así pues, la primera epístola á los Corintios es en toda su extensión un modelo admirable del celo mas ilustrado y mas activo, con una divina mezcla de severidad y dulzura, de reprehensiones y exhortaciones, de vigilancia pastoral y de caridad paterna: en una palabra, de un celo digno de servir de regla á todos los Prelados, y particularmente cuando se trata de que sea respetada la sublimidad del ministerio Evangélico, sin apartarse de los sentimientos sinceros de la mas edificante modestia.

San Pablo partió en fin de Éfeso á principios de Junio, en la proximidad de la fiesta de Pentecostes, y empleó cerca de seis meses en recorrer la Macedonia. Cuatro años habia que se separó de San Lucas en Filipos, donde este residió como Obispo; y habiéndole nombrado ahora un sucesor, volvió á llevarle en su compañía con ánimo de no apartarse nunca de él. Encamináronse ambos al Occidente, y